

La verdadera historia de María Cristo



- © Del texto: 2014, Jeannette Miller
- © De las ilustraciones: 2015, Guillermo Pérez
- © De esta edición:
2015, Editorial Santillana, S.A.
Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue,
Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-605-4
Registro legal: 58-347
Impreso en República Dominicana

Primera edición: mayo de 2015
Primera reimpresión: febrero de 2017
Segunda reimpresión: mayo de 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

JEANNETTE MILLER

**La verdadera historia
de María Cristo**

Ilustraciones de Guillermo Pérez

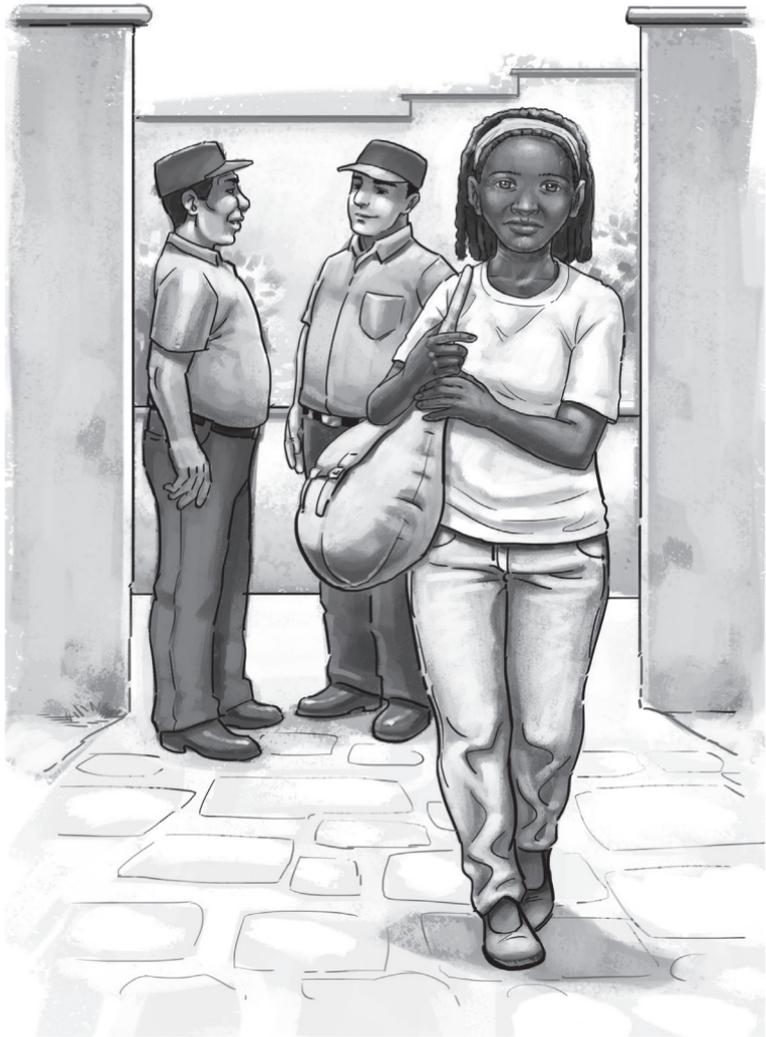
Empujó la puerta con la rodilla haciendo malabares para que no se le cayera la enorme funda blanca, repleta de ropa nueva. Tres mujeres levantaron los ojos al mismo tiempo mientras ella avanzaba hacia una mesa pegada a la pared. Estaba atiborrada de papeles amarillentos y uno que otro fólter nuevo que dejaban constancia de que allí se trabajaba. Con la habilidad que le daba la práctica, María empujó con el codo la pila más pequeña para asegurarse que no se iban a desparramar. Colocó la inmensa funda con los nudos hacia ella y sin hacer el menor ruido acercó la silla de madera y se sentó en el borde.

Como si estuvieran de acuerdo, disimuladamente las empleadas se fueron acercando por turno una a una, mientras María deshacía los nudos, sacaba una blusa o un *panty*, e inmediatamente lo volvía a meter mientras observaba la puerta.

Ya antes había tenido problemas con los superiores de las oficinas y en Correos le habían prohibido la entrada, pues decían que ese no era un tarantín de la Duarte, sino una oficina pública, que debía unir al buen servicio una excelente imagen. Pero el percance sólo ayudó a María a cambiar de estrategia.

Ahora llegaba con su clientela avisada y en la puerta decía que iba a buscar unos datos para completar su acta de nacimiento. Como era mulata y hablaba bien en español los porteros no se daban cuenta de que era una haitiana que venía a vender ropa con una paca al hombro, disimulada como si fuera una funda que contenía enseres de su propiedad.

Llevaba largo tiempo de este lado y se había juntado con un dominicano que chofereaba en la ruta Abraham Lincoln-Los Mameyes, por lo que venían a juntarse a las ocho de la noche



cuando él empujaba la tola que servía de puerta a la pequeña casa, construida con trozos de madera y algún pedazo de ventana por donde entraba la luz.

Como el marido pertenecía a un sindicato choferil, en una de las elecciones se las había arreglado para conseguirle una cédula, y la pequeña tarjeta de identidad y electoral le había permitido votar por el candidato de su marido en las dos últimas elecciones.

Casimiro era del Cibao y no era un hombre malo, no le daba golpes y le dejaba un diario para la comida, aunque le vivía sacando en cara que en este país ella era gente por él, porque si él no le hubiera conseguido la cédula, no podría entrar en las oficinas públicas a vender la ropa, y ya la habrían deportado para Haití, como cuando la Policía hacía redadas inesperadas y metían en una guagua a cuanto haitiano encontraran, con maleta o sin maleta, como estuvieran, y los dejaban en Juana Méndez para que se la buscaran en su país.

También le echaba en cara que no le había dado hijos, que salió machorra, y que un día él tendría que buscarse otra para preñarla, porque un hombre sin hijos no era nadie.